

Y puede pensarse que aquella súplica de León Felipe siempre estuvo en sus ánimos, y así yo puedo creer que el gran poeta de Zamora hizo su nueva entrada en Madrid a la grupa de «Rocinante», no con deseos pastoriles, sino agarrado a la lanza soñadora de Don Quijote. Hoy el viejo poeta sobrevive esculpido en un parque de México, a la sombra de los gigantes y ancianos ahuehuetes, los más extraordinarios árboles de aquel país. Entre los poetas que tampoco pudieron volver, quiero también nombrar a Pedro Garfias, Juan Rejano, Arturo Serrano Plaja y José Herrera Petere.

Cuando Miguel de Cervantes, fatigado de cárceles y de miserias, solicita emigrar a Guatemala para confundirse con los miles y miles de españoles que no querían morir de hambre en su patria, ya la lengua suya, de la que él sería, sin saberlo, el mayor soberano, se había instalado a golpe de machete y arcabuzazos por entre aquellas pirámides, volcanes, ríos y altiplanos inmensos. Ya se iba hablando por casi todo aquel continente aquella nueva lengua, que aún hoy los indios bolivianos la llaman *la castilla*. Hablar *la castilla*. ¿Qué hubiera escrito entonces Miguel de Cervantes en *la castilla*, en medio de aquella violenta confusión, en la que, sin embargo, estaba alboreando ya algo grande que hoy todavía perdura? El desterrado Miguel de Cervantes, viejo cautivo de Argel, seguramente no habría escrito el *Quijote*, pero quizá un sorprendente atisbo de *Tirano Banderas*, que Valle-Inclán hubiera completado esperpénticamente cuatro siglos después.

Yo, que he peregrinado algo por aquellas tierras, hoy de América Central, aunque rechazado en Guatemala y detenido en El Salvador, pude conocer Nicaragua, Costa Rica y Panamá... Dulce, tierno y bravo a la vez el por tanto tiempo golpeado indio nicaragüense, en su bello idioma con deje de remota antigüedad precolombina, por aquellos caminos encendidos a la noche de cocuyos, engarzadas luciérnagas, a veces como ajorcas en sus tobillos para iluminarse la tierra que van pisando. Allí, en aquel conmovedor Nicaragua, conocí en su ciudad natal de León, dentro de la catedral, los pobres huesos de Rubén Darío, el gran profeta, el vaticinador, antes que nadie, de *¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?*, el prodigioso indio chorotega en el que hicieron nido tanto los más heroicos timbres como las más armoniosas cadencias de la lengua española. El montó el «Clavileño» de la gran aventura renovadora de nuestra lírica. El intuyó los grandes desastres de las dictaduras latinoamericanas, él habló de las engalanadas panteras sometedoras de los pueblos, advirtiendo, ya angustiado adivino, el viejo navegante Cristóforo Colombo, el descubridor:

*Cristo va por las calles flaco y enclenque,
Barrabás tiene esclavos y charreteras,
y las tierras de Chibcha, Cuzco y Palenque
han visto engalonadas a las panteras.*

El, como Petrarca, salió gritando en sus poemas por las calles del mundo: ¡*Paz, paz, paz!* El rogó a nuestro señor Don Quijote, en unas inmortales letanías, nos salvase de todas las injusticias, de todos los horrores retóricos alrededor del pobre don Miguel de Cervantes y su pálido héroe, habiendo podido, de no haber muerto tan pronto, condenar todo este siglo de catástrofes, de guerras ya pasadas y por llegar,

ahora que comienza el atardecer de este siglo, del que sólo pudo asistir al alba. ¡Campanas y palomas para Cervantes y Rubén, aquí, en esta ciudad de Alcalá de Henares, cuna de la plenitud del idioma, en el que él, poeta universal de Nicaragua, rogó por el ilusionado caballero de la Mancha.

LETANIAS DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

*Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
con la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.*

*Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias,
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad.*

*Caballero errante de los caballeros,
barón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, salud.
Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos o entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud.*

*Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel. ¡Pro nobis ora, gran señor!
Tiemblan las florestas de laurel del mundo,
y antes que tu hermano vago, Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor.*

*De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
áfonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias de horribles blasfemias
de las Academias,
¡líbranos, señor!*

*Ora por aquellos tristes enemigos
que plantan misiles en lugar de trigos,
sembrando la tierra de llanto y terror,
que cuando ya el siglo a su fin se inclina,
no es una paloma la que lo ilumina
en vuelo de gracia, de paz y de amor.*

*Ruega por aquellos audaces mezquinos
que cuando arremeten contra los molinos,
saben de antemano no derribarán;
por los ilusorios, los equilibristas,
por los anacrónicos, oscuros golpistas,
que en sorda caverna nos enterrarán.*

*Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de sueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
antes que de pronto desaparezcamos
y no queden tumbas ni fúnebres ramos
ni el son de la inmensa y última explosión.*

-Señor: cuando un poeta español llega como exiliado a aquella América en la que aún, con toda su variedad y riqueza de modulaciones, se habla *la castilla*, aquellas dolorosas raíces que llevaba fuera, rotas, expuestas a los vientos, al cabo de los años se vivifican, renacen, crecen, se llenan de hojas, de brotes nuevos, guías largas, inmensas, que por encima del mar vuelan a ciegas a encontrarse con aquellas otras desgajadas, partidas, que allá lejos quedaron. Y a pesar de las tremendas lejanías se juntan, se enmuñonan, estableciéndose una nueva corriente de sangres detenidas, que vivifican las distancias, creando al fin una flor, tan dolorosa a veces, pero que nunca morirá, alentada por el aire y el sol de la tierra en que queda, aromándola para siempre. Así, allí alientan y cantan, amados para siempre, todos estos poetas que quise me acompañaran en este día de Cervantes, de este Premio que sin duda alguna ellos también hubieran merecido.

*Hoy las nubes me trajeron,
volando, el mapa de España.
¡Qué pequeño sobre el río
y qué grande sobre el pasto
la sombra que proyectaba!*

*Se le llenó de caballos
la sombra que proyectaba.
Yo, a caballo, por su sombra
busqué mi pueblo y mi casa.*

*Entré en el patio que un día
fuera una fuente con agua.
Aunque no estaba la fuente,
la fuente siempre sonaba.
Y el agua que no corría
volvió para darme agua.*

Yo, Señor, volví. Tuve la suerte de volver, de recomponer de verdad las rotas raíces, cubriéndolas de nuevo con la tierra de España, del pueblo de España, con quien me uno a diario. El me da la salud, la vida, esta velocidad, este dinamismo de cometa errante que llevo y que a mis ochentaún años, cuatro meses y siete días amplía aún más su recorrido, su órbita hasta identificarla con la del milenario cometa Halley, que vi aparecer en mi infancia tendido sobre la maravillosa bahía gaditana donde nací y que reaparecerá y conmigo, sobre el cielo de España, dentro de año y medio.

Majestad: cuando le vi por vez primera en la Embajada de España ante el Vaticano, en Roma, tal vez recuerde que al momento de estrecharle la mano entregué un breve escrito, firmado por un grupo de exiliados españoles en Italia suplicándole la amnistía para los muchos presos que aún quedaban en las cárceles de nuestro país. Ese fue mi primer humano contacto con Su Majestad y con la Reina Doña Sofía, que lo acompañaba. Hoy vengo aquí, a esta Alcalá de Henares, la ciudad cuna de Cervantes, para recibir de su mano tan altísimo premio, que es como centrar en mi sola voz la de más de 338 millones de seres que, con tantas diferentes modalidades nos expresamos en la lengua, nunca mejor llamada peregrina, de Don Quijote. Gracias, Majestad.

Y para Su Majestad la Reina Doña Sofía, la súplica de que me acepte este saludo, en una mínima flor cantable de Lope de Vega, a la que me he atrevido retocar algún pétalo:

*Esta Reina se lleva la flor,
que las otras, no.
Esta Reina tan garrida,
por Mayo más que florida,
la Rosa más escogida
de todo el vergel en flor.
Esta Reina se lleva la flor,
que las otras, no.*

RAFAEL ALBERTI
Princesa, 3, duplicado
piso 17
MADRID